

## DERMATOLOGIA.

---

### Jiricua.—Prurigo.—Sarna.

En los albores de la pasada centuria, cuando florecía en París la Escuela Dermatológica de Alibert, era completamente desconocida la naturaleza íntima de una de las enfermedades cutáneas más comunes, de las más populares, de la sarna, y ha sido preciso que los conocimientos vulgares, los que poseían principalmente las mujeres, se impusieran en la clínica de aquel reputado médico, haciendo surgir la verdad que en aquella vez, como en otras varias, no estaba patrocinada por el dictamen de los sabios, ni amparada por las togas ú otros atributos doctorales. Tocó á un modesto estudiante de Córcega, á Renucci, demostrar ante la estupefacción del insigne profesor galo y de sus no menos admirados discípulos, que la sarna era producida por un minúsculo animal, escondido bajo la epidermis, de donde fué sacado por el sagaz corzo, valiéndose de las maniobras que en casos semejantes vió emplear á las campesinas de su célebre isla. El *sarcoptes scabiei*, pinchado en la punta de una aguja, derribó como castillo de naipes á las complicadas teorías humorales que Alibert y su escuela invocaban para explicar la dermatosis, y desde aquel inolvidable día la sarna fué una de las dolencias de la piel mejor conocidas y más bien interpretadas.

Pero estaba reservado á México, casi cien años después, seguir viendo aquel mal viajar de incógnito y ser denominado por la fantasía popular con el impropio nombre de *jiricua*, de misterioso origen, nacido como exótica plaga de importación china, entre los hijos de Confusio que tan poco cuidadosamente lavan nuestras ropas.

Pero hay aún más; la voz autorizada de algún galeno, que para propia honra nuestra no es dermatologista, ha llamado á ese mismo mal, por boca de un repórter, *prurigo*, arrojando en el capítulo impreciso de las dolencias cutáneas que llevan ese rubro, una nueva que nadie ha pensado en clasificar allí y que sólo tendría de común con las de ese grupo, la comezón, lo que etimológicamente quiere decir prurigo.

Las tendencias de la ciencia moderna se han esforzado en quitar á la dermatología ese aspecto caótico, al que tanto contribuye la invención de numerosísimos vocablos para designar á una misma enfermedad, y en verdad, mucho se ha conseguido, siendo, hoy por hoy, esta rama de la medicina una de las más exactas y precisas.

En nombre de esta precisión y de aquella exactitud, deseo hacer constar que la enfermedad de la piel que con cierto carácter epidémico se ha desarrollado recientemente en la Capital, no es otra que la sarna, la que por fortuna para la concisión y claridad del lenguaje, no tiene sinonimia y sería absurdo dársela, equiparándola con dolencias tan disímbolas como la *jiricua* y el *prurigo*.

La primera es nuestro *mal del pinto*, llamado *jiricua* en los Estados de Michoacán, Jalisco y Colima, y supuesto también por las consejas populares de origen mitológico, pues sería el anatema ó el castigo impuesto al hombre por haber saciado sus apetitos sexuales con una inmunda caimana. La sinonimia de esta dermatosis tropical sí es muy rica. Además de mal del pinto y *jiricua*, se la conoce en Colombia con los nombres de *carate* ó *cute*; en Guatemala y Honduras con el de *cativo*; en Panamá con el de *quirica*; pero como se ve, nadie ha pensado en llamarla sarna, ni los trastornos de la pigmentación que bajo la forma de manchas produce aquella probable aspergilosis cutánea, tienen analogía, siquiera remota, con los surcos y las lesiones de prurito que caracterizan á la dermatozoonosis escabiosa.

En cuanto al *prurigo*, comprende dermatosis pruriginosas y papulosas, cuyos grandes tipos poseen una personalidad clínica bastante bien definida, como el prurigo de Hebra; pero cuyos límites son indecisos y constituyen hechos de paso con otras erupciones, como el eczema, los líquenes, la dermatitis herpetiforme, sin que nada tengan de común, aun en esta confusa penumbra, con la sarna, cuya individualidad es tan distinta y propia. La Escuela de Viena circunscribe más la connotación de la palabra "prurigo," y sólo admite la significación que le dió Hebra para denominar la enfermedad que lleva su nombre.

Hay, pues, que dejar á la jiricua y al prurigo en el lugar que científicamente les corresponde, y declarar, *urbi et orbe*, que la primera no existe en las altiplanicies mexicanas, inclusive la Capital de la República, sino cuando los pacientes ascienden de los focos de origen, que son principalmente nuestras tierras bajas y húmedas en ambos litorales, sobre todo en la extensa zona que corre casi paralela á las costas del Pacífico, desde la altura del paralelo 23 hasta los límites de Guatemala con el Estado de Chiapas. Conviene recordar que en la Mesa Central la enfermedad no sólo no se propaga, sino que cura espontáneamente cuando se la importa; así lo demuestran los ochocientos ó mil *pintos* que el año de 1873 sacó el General Pinzón de la Huacana, Michoacán, para el sitio de Puebla, y de los que sanaron varios sólo con el cambio de clima.

En cuanto al segundo, al prurigo, superabunda entre nosotros una de sus variedades: el llamado de Hebra, erupción eminentemente crónica, sin relación alguna con otras dermatosis. Es una enfermedad que aparece desde la más tierna infancia y que de ordinario acompaña á sus víctimas durante toda la vida. La lesión elemental primitiva que la caracteriza es la pápula epidérmica, pálida ó roja-pálida, del tamaño de un grano de mijo ó de la cabeza de un alfiler, dura, que produce fuerte comezón. Estas pápulas se hallan diseminadas sobre todo el cuerpo, pero localizadas de preferencia en la cara de extensión de los miembros, dejando indemne el lado de la flexión. Si á esto se añade que al octavo ó duodécimo mes de la vida, en que se presenta el prurigo de Hebra, reviste por algún tiempo la forma de urticaria, con las ronchas, comezón é insomnio que le son propias, se acabará de singularizar este mal que tan lejos se

halla de la sarna, y que sólo por la gran frecuencia de ambos y la coincidencia posible del uno con el otro pueden haberse confundido.

La sarna, por su parte, ofrece como síntoma subjetivo capital la comezón violenta, exclusivamente nocturna, que comienza al acostarse y que no cesa sino hasta la madrugada, correspondiendo con las horas de trabajo del sarcopte, que durante la noche ahueca los surcos y secreta su veneno. Objetivamente la sarna se traduce por el surco y la vesícula aperlada, producidos por la acción directa del parásito, y que tienen como sitios de elección las manos (espacios interdigitales, caras laterales de los dedos), la cara palmar del puño, el pene en el hombre y la areola del mamelón en la mujer. Son más raros en el borde anterior de la axila, en los codos y en las regiones glúteas. Los otros síntomas objetivos dependen de los rasquidos y de las infecciones sobreañadidas, eczematizaciones, piodermitis, constituyendo la erupción polimorfa la manifestación más aparente de la enfermedad.

Para explicar la propagación del mal se ha dejado también volar la fantasía, invocando lo fácil de la transmisión, ya sea por simple contacto con el sarnoso, por ejemplo, al darle la mano, ya por medio de las lavanderías, en las que se infectaría la ropa de uso; pero dado los hábitos noctámbulos de la *acarus*, el único medio de contagio científicamente averiguado es la participación del lecho durante la noche, con un individuo enfermo. Por esto se ha dicho, y con razón, que la sarna es más venérea que la sífilis. En los hoteles, donde la ropa de las camas sirve sin previo aseo para muchos huéspedes, puede un sarnoso dejar entre ellas el funesto bicho y ocasionar la diseminación del mal. Esto explica por qué se le observa de preferencia entre los que se exponen á compañías nocturnas variadas y sospechosas y en lugares fortuitos; por qué entre los cónyuges el contagio es casi fatal, lo mismo que entre los niños y en las personas que duermen en promiscuidad. Pero la sarna no estalla en seguida del contagio: la incubación de los huevos del sarcoptes necesita quince días para verificarse, y por esto las grandes comezones reveladoras del mal sólo aparecen tres semanas después de hecha la contaminación.

Los animales domésticos, como el perro, el gato, el caballo,

el cerdo, el carnero y la cabra, pueden infectar al hombre, transmitiéndole la sarna, que ellos también padecen y que es debida á la misma especie de parásito, excepción hecha de la del gato, que la produce, el *sarcoptes notoedres*.

En vista de estas nociones etiológicas, que hacen ver de un modo tan claro los orígenes de la enfermedad, quitándole el lado mitológico y de ocultismo oriental, queda entre nosotros por averiguar cuál es su verdadera fuente.

En el año que acaba de pasar desfilaron por la sección de enfermedades de la piel, en el Consultorio Central, que tiene á su cargo el Sr. Prof. Cicero, 1,019 enfermos de sarna, repartidos como sigue:

Hombres adultos.....	119
Mujeres adultas.....	418
Hombres menores de 10 años.....	220
Mujeres menores de 10 años.....	182

De éstos, 21 fueron remitidos al Hospital, por presentar complicaciones.

Casi todos pertenecen á la clase baja de la sociedad; 69 eran domésticos, comprendiendo en esta denominación á las cocineras, recamareras, nodrizas, galopinas y porteros, que son los que viven propiamente dentro de las casas y en contacto directo con las familias; pero en el resto de los pacientes hubo otros muchos que de un modo mediato también tienen contacto con ellas, como por ejemplo, las lavanderas, aplanchadoras, costureras y tortilleras, en verdad menos peligrosas desde el punto de vista del contagio.

Al interrogar á estos sujetos sobre la causa de su mal, muchos confesaron haberlo contraído durante su estancia en la cárcel de Belem, en la que, á pesar de no llevarse una estadística médica pormenorizada, se sabe que existen permanentemente como 500 sarnosos, en una población aproximada de 5,000 personas. El que alguna vez haya penetrado á esa positiva caja de Pandora de nuestros males sociales, habrá visto la promiscuidad en que viven los detenidos, harapientos y sucios, durmiendo en el innoble petate, que ha dejado caliente aún é impregnado de todos sus morbos, el compañero de presidio que acaba de salir. De aquí irradia, como hálito fétido, esa erupción

pruriginosa nocturna, que debía ser mejor una enfermedad de la conciencia, para atormentar como el remordimiento, á sus víctimas, sobre todo durante la noche. De allí sale el hombre infectado á buscar, con estrecho brazo, á la mujer que, para mantener su holganza, es cocinera, recamarera, nodriza; en una palabra, doméstica, en alguna casa de la clase media ó rica, en la que sirve de vehículo para llevar la sarna, por lo común primero al niño, con el que tiene más contacto, y después, por medio de éste, á la madre y al esposo. Así lo he visto en infinidad de casos que me son personales.

Pero los registros de la consulta del Sr. Dr. Cicero, á la que acabo de aludir, denuncian que Belem tiene para la sarna una sucursal, un anexo: es la célebre Colonia de Santa Julia. En efecto, un grupo numerosísimo de los enfermos citados procede de allí, según lo atestiguan los datos estadísticos. En ese fértil suelo para las miserias morales, pulula también el acarus é invade á las familias que como grupos nómades, acuden al benéfico Consultorio.

De paso diré que entre los 1,019 sarnosos registrados, no hay un solo chino; los que sí se han presentado, aunque en muy corto número, en demanda de auxilios para otras dolencias cutáneas.

La epidemia eruptiva nacida en nuestra Capital, no es, en resumen, ni jiricua ni prurigo; sencillamente es la sarna, de origen y transmisión nacional, y no asiático, como erróneamente se había supuesto.

México, Enero 27 de 1909.

JESÚS GONZÁLEZ URUEÑA.